

2 0 0 4

Una milpa, les dije. Me paré en la silla del comedor y les dije: Maíz, frijol y calabaza junto a la mesa de picnic. Hice un gran círculo con las manos, triunfal, proclamé: Como nuestros antepasados. Los tres miramos a través de la puerta corrediza, hacia el patio donde está la mesa de picnic. Antaño, la mesa se doblaba y podía transportarse. Las dos bancas de los lados se le metían debajo, como patas retráctiles de tortuga, y el todo se convertía en un maletín de aluminio. Pero ya no. Ya no se dobla y ya no la llevamos a los parques. Alrededor de la mesa sólo hay cemento gris, gris de sucio, y una fila de jardineras llena de tierra seca, restos de arbustos, cubetas rotas. Es un patio urbano, incoloro. Si ves algo verde es musgo lo que ves. Si rojo, será algo oxidado.

Y hierbas de olor, les dije: perejil, cilantro, tomatillo, chile para la salsa verde que hace papá cuando hay visitas. Él compró la idea de inmediato: ¿Podría también plantar uno de esos jitomates deformes que comió en la gira por California?, preguntó. Pero mamá, la que según dice ama las plantas, no. Mamá se fue a su cuarto antes de que yo me bajara de la silla y sólo accedió tres días después al trato. Lo escribimos en una servilleta. Lo firmamos, ligeramente modificado para su confort americano: una milpa con pasto. Las milpas tienen historia en la privada Campanario, no soy la primera en intentarlo. Como sea, ahora

es oficial: *A cambio de convertir el patio en una milpa-jardín, Ana puede no ir al campamento y pasar el verano en casa.* Mi propia casa, por cierto. ¿Eso no se llama pagar renta? Habrá quien lo llame así. Pero no ellos. No es que sean crueles, es sólo que aman los lagos. Mamá creció junto a uno. Le dan nostalgia las libélulas.

En la mente de mamá: campamento de verano = infancia privilegiada. Pero aquí campamento es sólo un nombre en código para decir que mis hermanos y yo pasaremos dos meses con su madrastra, la abuela Emma, nadando entre las algas, dándoles de comer piedras a los patos. Mamá entiende la pasión por estas actividades como signo de una constitución sana, como tomar leche o despertarse temprano. Nos crio en una de las ciudades más grandes del mundo pero no quiere que seamos niños de ciudad, que es exactamente lo que somos. Ella misma lleva aquí veinte años y aún se anuda un pañuelo en la cabeza, como otros expatriados despliegan en la ventana la bandera del país que dejaron. Desarraigada, es algo que mamá dice de sí misma cuando hay visitas y bebe vino tinto y se le ponen negros la lengua y los dientes. De chiquita, me imaginaba finas raíces saliéndole de los pies, llenando de tierra sus sábanas.

Protestante, es otra de las cosas que mamá dice de ella misma. Acompaña el término con un gesto preciso: un giro amplio de la muñeca, una suerte de caravana de la mano que sirve tanto para justificarse como para burlarse de ella misma. En nuestra familia el mero gesto significa protestante. Lo usamos entre nosotros, para reírnos de las neurosis particulares de mamá: su obsesión por la puntualidad o por un trabajo bien hecho. Alguien gira la mano y es como quitar las telarañas invisibles del catolicismo nacional. O es hora de ir al aeropuerto, aunque aún sea demasiado temprano. Si alguno hace el gesto los demás entendemos, sin palabras, con conocimiento de causa: ética protestante.

La verdad es que ahora hay un Walmart junto al lago de su infancia. Pero no es sabio mencionárselo. Ni eso ni que ella también podría visitar a Emma. Mamá tiende a olvidar que se desarraigó solita. A veces pienso que yo debería hacer lo mismo. Empacar y largarme en cuanto cumpla catorce años. Pero no lo haré. Porque le encantaría: su hija mayor siguiendo sus pasos. Ésa sería la interpretación de la familia, estoy segura: mamá tuerce las cosas con la misma delicadeza firme con la que dobla la ropa y exprime los trapos. He visto fotos de ella cuando tenía mi edad, con el chelo entre las piernas y los pies descalzos. Así era fácil evaporarse. Subir como la espuma. Fácil escaparse y ser rescatada. A mí, cuando me siento, los muslos se me juntan y algo siempre se me está saliendo por un borde del pantalón o de la boca o de la silla. Y de ritmo no entiendo nada. Ni de aventuras. Si yo me fugara, terminaría regresando.

Ahora tenemos dos costales de tierra “buena”. El vendedor del invernadero me convenció de que nuestra tierra, la que hay en el patio, no sirve. Dice que está contaminada con plomo. Dice que toda la Cuauhtémoc, toda la Benito Juárez y todo el centro tienen niveles alarmantes, de hasta cuarenta miligramos de plomo por cada kilo de tierra. No sé si le creo, pero igual le compré la tierra. Sobre todo para que mi amiga Pina y yo pudiéramos irnos de allí. No nos miró las tetas ni nada, pero sí clavó muy lento las manos en el saco de tierra, hasta el antebrazo, mientras hablaba de suelos y abonos. Entonces Pina, que me había acompañado con tal de que después fuéramos por una horchata, me dio un codazo. Compra la tierra, me dijo: Ya hay suficiente mierda en el atún.

Durante nuestra pausa en La Michoacana de la esquina, un negocio que sobrevive básicamente gracias a nosotros, le pregunté

a Pina: ¿Crees que era un perverso? Pi se lamió los labios y acarició uno de los costales, gimió: Mmmm, tierra. Se puso la mano entre las piernas: Mmm, ¡lombriz con plomo! A veces me da pena salir con ella a la calle. A veces nada más envidia. A Pina no sé decirle que no. Cuando íbamos en tercero de primaria me obligó a jugar un juego en el que te rascabas la mano hasta sangrártela. Hicimos pacto de sangre entonces, de ser hermanas. Pero últimamente no somos iguales, me da envidia todo lo que hace, todo lo que le pasa, que siempre es más interesante que lo que me pasa a mí. No sé cuándo empezó. Sí sé cuándo empezó. Cuando reapareció su mamá empezó. Antes teníamos cada una su fantasma, ella su mamá y yo mi hermana, pero hace tres meses su fantasma la contactó por internet. No es igual, claro, que tu mamá se vaya o que tu hermana se muera, pero ¿qué es más interesante: una mamá que reaparece o una que nunca va a ninguna parte?

Pina paró de gemir y dijo: No digas perverso.

¿Por?

Hay pendejos que lo dicen de los gays. Esa palabra es discriminatoria.

Discriminatoria.

Eso.

¿Echo la tierra nueva sobre la vieja y me olvido? Estamos en el patio. Pina tiene un brazo levantado y la cara girada hacia su propia axila, que con la mano opuesta y unas pinzas va depilando. Cuando le da tortícolis, cambia de lado. Parece una garza: bonita y torcida. Miro hastiada los costales de tierra nueva, que no contestan. Me gusta la palabra hastío. La entiendo como esto, como esta hora en que lo único despierto son las moscas. Todo está detenido, todo apesta a cemento con polvo. No sé del plomo, pero sí encontré una chancla en la tierra vieja. Y unas

corcholatas, y —enterrado con alevosía y ventaja— a mi perro de peluche que desapareció hace cinco años. Si mis hermanos no estuvieran en el campamento, ya estaría planeando mi venganza.

Pina, que no sabe de lo que habla, dice: Tienes que sacar la tierra vieja.

¿Y qué hago con ella?

Se la vendes a Marina. O se la regalas, para que plante algo y coma algo.

¿Con plomo?

Es un mineral, Ana: le hacen falta.

Tal vez lo que le hace falta es leer *Umami*.

¿Qué es eso?

El libro de Alf, te lo pasé hace mil años.

Se lo regalé a alguien. ¿Era una novela de pedofilia?

Nada que ver, es un ensayo antropológico sobre la relación entre el quinto sabor y la comida prehispánica. ¿En qué privada vives?

Ya sé qué es el umami, pero ¿por qué escribió un libro con el nombre de su casa?

Qué tonta eres.

Tonta tú que no sabes qué hacer con tu tierrita.

Papá sale por la puerta corrediza. Hace dos meses se quitó la barba y todavía no me acostumbro. Se ve más joven. O tal vez más feo. El otro día llegué a su ensayo para que me diera un aventón, y me costó reconocerlo. Toda la vida ha estado sentado al fondo del escenario, pero antes siempre lo ubicaba. Se ve que era sólo por la barba. Pero no es momento de mencionárselo. Le devuelvo los veinte pesos que me sobraron del invernadero.

Papá se sienta con su cerveza en la banca y sube los pies a mis costales. Guarda el dinero en su cartera. Le prometí que el proyecto sería una buena inversión, que en realidad no sé qué significa. Le explico del nitrógeno en la tierra, primero. De cómo

el maíz va a quitárselo, y cómo el frijol va a devolvérselo. Luego, le explico del plomo. Tal vez exagero un poco. (Tóxico, le digo, y: cancerígeno.) Papá se queda mirando a mamá por la ventana: hoy trae un turbante anaranjado, lava los platos y mueve los labios, parece una carpa japonesa. Acordamos no contarle del plomo. Mamá es el tipo de persona cuyo corazón se rompe a la menor mención de polución y/o progreso.

Le propongo a papá comprar una manguera. Papá se pone a calcular. Preocuparse por el dinero es uno de sus tics. Cuando le da, junta los ojos. Para distraerlo, le explico de los tomates. Algunos, le prometo, serán deformes y otros serán morados. Pina me ayuda, levanta su pinza y con ella traza movimientos verticales: Algunos tendrán rayas, dice. Esto emociona a papá. Va a la cocina por otra cerveza y lo vemos tratando de convencer a mamá de que salga. Tomates tigre, le está diciendo y, también: Quality time. Con su acento que solía hacerla reír. Pero mamá no sale. Mamá no cree en los patios. En su cabeza los patios equivalen a algo patético y mal nutrido, algo que se revuelca en su propia suciedad, algo enjaulado.

O, ¿no se te hace que está muy flaca?, pregunta Pina.

¿Quién?

¡Marina!

Papá sale y anuncia que no va a comprarme herramientas. Debo conseguirlas prestadas. Apuesto a que es su respuesta al comentario usual de mamá: La consientes demasiado.

Le pregunto a quién se supone que se las voy a pedir prestadas, las herramientas, pero papá nada más aplasta con el pie la lata de su cerveza anterior. Hace veinte años que toca los timbales en la Orquesta Sinfónica Nacional: cuando produce un eco, sabe dejarlo sonar. Después de un rato, alza la cabeza y se le queda viendo a Pina. ¿No te duele?, le pregunta.

Pina dice que sí.